

La historia como catarsis

Álvaro Matute



© Archivo fotográfico Manuel Toussaint del IIE/UNAM

Característica central en la obra de Edmundo O’Gorman es la elaboración de un discurso histórico a partir de una teoría que lo sustenta. Se trata de un caso raro, ya que muchos de los historiadores que han formulado reflexiones teóricas lo han hecho después de haber escrito sus discursos. Pocos han sido, a la vez, filósofos de la historia e historiadores.

O’Gorman se inició como historiador después de haber cumplido treinta años de edad. Abogado atraído por la vida intelectual, fue buen lector de filosofía y literatura. Por lo menos en sus escritos tempranos da muestra de haber leído a José Ortega y Gasset, cuyos libros siguió leyendo y discutiendo con su amigo José Gaos, discípulo directo de Ortega. Conocía la obra de Antonio Caso y, por referencias a partir de ella, no le eran ajenos Heinrich Rickert y Wilhelm Windelband. Lo mismo sucedía con Benedetto Croce a quien, si bien no menciona, su pensamiento ronda sus primeros escritos. En un texto de 1938 cita una novedad bibliográfica: la *Introducción a la filosofía de la historia* de Raymond Aron. Aunque años más tarde tradujo a Collingwood, desde el principio se manifestó en contra de la historia de “tijeras y engrudo”, sin llamarla así.

El abogado que optó por dejar los litigios en favor de una maestría y un doctorado en filosofía comenzó a cosechar los frutos que le daba la nueva enseñanza.¹

En sus primeros textos se dejan ver las influencias que comenzaba a recibir O’Gorman. En un artículo publicado a la muerte de don Luis González Obregón (1938) destacan por lo menos dos cuestiones: clamar por la necesidad de una historia de la historiografía mexicana (Croce) y rescatar de la obra del viejo cronista desaparecido, la atención que le brindaba a la leyenda como fuente de conocimiento histórico. Lamentablemente sólo apuntó y no desarrolló la idea, hoy muy actual, de que los historiadores no debieran limitarse a la seguridad de las fuentes escritas, sino abrirse a mitos, tradiciones y leyendas.

¹ Me he ocupado de distintos aspectos de la obra de Edmundo O’Gorman en varias ocasiones. Cito los tres artículos que tienen que ver con lo tratado en éste: Álvaro Matute, “La visión de Edmundo O’Gorman del México nacional” en *La obra de Edmundo O’Gorman. Discursos y conferencias de homenaje en su 70 aniversario 1976*, Facultad de Filosofía y Letras / UNAM, México, 1977, pp. 75-93; “El historiador filósofo” en *Theoría. Revista del Colegio de Filosofía*, número 3, marzo de 1996, pp. 191-196, y “El historiador Edmundo O’Gorman (1906-1995). Introducción a su obra y pensamiento histórico” en *Mexican Studies / Estudios Mexicanos*, volumen 13, número 1, winter 1997, pp. 1-20.

En sus “Consideraciones sobre la verdad en historia”, ponencia presentada en 1945, hace explícita su profesión de fe historicista, vitalista, idealista y relativista. El pasado no tiene una existencia en sí sino que la conciencia del sujeto desde el presente, se forma una idea del pasado, que es algo que constituye su ser. O’Gorman gustaba de repetir que no se trataba del pasado sino de *nuestro* pasado, por consiguiente, conocerlo significaba conocernos y si lo hacíamos con autenticidad, ese conocimiento resultaba catártico.

La primera aproximación a la catarsis mexicana se da en 1945, con motivo de su estudio introductorio a una antología de textos de fray Servando Teresa de Mier, cuyo objeto era caracterizar su pensamiento político. La herencia historiográfica predominante de manera superficial calificaba a Mier de centralista, por haberse opuesto al federalismo. La historia mexicana, siempre dada a los enfrentamientos formales, no podía captar matices. O’Gorman presenta a Mier, no como a un centralista, sino como a un federalista moderado o precavido, que se oponía a un federalismo extremo, al cual condenaba al fracaso. La reflexión final a la que llega después de glosar los textos del ex dominico lo hace llevar a sus lectores a un primer enfrentamiento catártico con el pasado decimonónico en el que pasa del plano historiográfico al historiológico. Por esto quiero connotar la reflexión profunda sobre el sentido que puede tener el enfrentamiento entre las opciones federal y central para organizar la nueva república. El argumento que plantea O’Gorman no es del todo extraño a la época, cuando estaba fresca la idea de la “imitación extralógica” que había señalado Caso o el prurito imitativo que planteaba Samuel Ramos. Para O’Gorman, el carácter razonable mexicano lo llevaba a tratar de aplicar utopías que habían probado su buen éxito en otros ámbitos históricos, lo que quiere decir historia aplicada. Por eso las tendencias conservadoras tenían razón en la medida en que se oponían a la aplicación de lo ajeno, pero también las utópicas eran razonables, puesto que triunfaban. Pero sólo si se elaboraba una utopía propia, es decir, no históricamente demostrada, sólo así habría historia de libertad, auténtica.

Y precisamente cuando estaba en el camino hacia *La invención de América* surgió el texto que habría de hacerlo avanzar hacia la catarsis de la historia mexicana. Se trata del artículo “Precedentes y sentido de la Revolución de Ayutla”, de 1954, uno de los mejores que escribió O’Gorman en toda su vida. Ahí, lo que apenas apuntaba en el trabajo sobre Mier, crece en extensión y profundidad. Se trata en realidad de un breve recorrido por el sentido de la historia mexicana de la Independencia a la Reforma. Huelga decir que en ese recorrido no hay demasiados nombres ni referencia a hechos, lo que se busca es el sentido de la historia. De nuevo la historiología, el planteamiento de preguntas fundamentales.

Para O’Gorman la Independencia dejó un doble legado, dos utopismos: Apatzingán e Iguala. Sus significados se proyectarán a lo largo de la historia que transcurre a partir de la consumación de la Independencia y obligarán a desarrollar un proceso de síntesis que dé lugar a que la revolución de Ayutla no sea un pronunciamiento más en la historia de la primera mitad del siglo XIX sino un movimiento que establezca el triunfo de uno de los utopismos, pero permeado por el otro. El puente que establece O’Gorman entre Ignacio Comonfort y Porfirio Díaz no es mera comparación de caracteres, sino la asunción de un proceso de síntesis que tiene lugar en el “hombre providencial” que es el dictador republicano. De no haberse dado el proceso de síntesis dialéctica, la Reforma, hecha posible por el movimiento de Ayutla, hubiera ido contra la historia y no con ella, como resultó a la postre. Es decir, la tesis o utopismo liberal, para afirmarse, tuvo que asimilar dentro de sí a su negación, esto es, la tesis conservadora, para poder superarla. El problema, entonces, radicaría en asimilar ese proceso por parte de una conciencia histórica excluyente. Es muy difícil que se reconozca y acepte que lo que llegó a triunfar no lo hizo de manera “pura”. La historiografía oficial ha incurrido en la trampa de aislar el pensamiento que condujo e hizo triunfar a la Reforma de la práctica real del reformismo liberal en la arena política, que llevó a sus protagonistas a incurrir en aquello que le combatían a sus antagonistas.

La búsqueda de una nueva catarsis aguardará un decenio más. En 1967, por encargo de la Secretaría de



© Archivo fotográfico Manuel Toussaint del Hierro

Hacienda, escribe el epílogo de un libro conmemorativo del centenario del triunfo de la República, ideado por don Manuel J. Sierra. Dicho epílogo, un par de años más tarde, adquirió individualidad en un libro de fácil manejo, pero que como todo lo de su autor, reclama atenta lectura. Se trata de *La supervivencia política novohispana*. Es la nueva edición, corregida y aumentada, del ensayo de Ayutla, pero que ahora involucra también la experiencia imperial y su fracaso. Las dotes dialécticas de ese buen lector de Hegel que fue O’Gorman salen a colación. De nuevo el seguimiento de las tesis y las antítesis que se sintetizan para dar lugar a un movimiento histórico que desembocará en la unidad de dos contrarios al parecer irreconciliables.

Poco después de celebrar sus siete décadas de vida, en 1977, Edmundo O’Gorman concluye la redacción de un nuevo texto, derivado de toda la secuela descrita: *México, el trauma de su historia*. Si se señala a *La invención de América* de ser el más importante de sus libros, declaro a *El trauma...*, el más inquietante. Su génesis fue la revisión de *La invención de América* para una nueva edición tal vez definitiva a la que quería agregar un epílogo mexicano. Tal epílogo fue creciendo hasta alcanzar las dimensiones de un libro tan breve como apretado, sin página inútil. Por esta razón, el primer capítulo es una recordación de *La invención...*, para después adentrarse en el conflicto tradición-modernidad en Occidente y su proyección hacia el Nuevo Mundo. Después, el tratamiento está dedicado a cómo ese conflicto se dio en la historia mexicana. Cabe aclarar que, por vez primera, estas reflexiones surgieron de manera libre de parte de su autor, y no por encargo, como habían sido las obligaciones de Mier, Ayutla y el triunfo de la República.

Entre el ensayo sobre Ayutla y *La supervivencia política mexicana* mediaba un avance en la consideración catártica de la historia. Una lectura superficial de sus textos lo colocarían en el bando conservador, lo cual no hubiera molestado a ese liberal *sui generis* que fue O’Gorman. Sus argumentos en favor de la razón de ser tradicionalista, centralista, conservadora, monárquica, para lectores tributarios de la ideología oficial, lo haría muy sospechoso de inclinación conservadora. Sin embargo, siempre admitía la razón de ser de los triunfos

liberales, a diferencia de los historiadores tradicionalistas, que simplemente no admitían nada que no fuera lo suyo. O’Gorman no. Una lectura cuidadosa de sus textos nos lleva a ese rigor hegeliano en el cual, para que una cosa sea tiene que contener su negación. Imposible explicar el triunfo liberal sin la razón de ser conservadora, y mucho menos, la desembocadura del triunfo en algo que no deja de ser liberal pero que no pone en práctica algo tan claramente liberal como la democracia. Querer explicar el porfirismo como una simple traición a los ideales liberales, además de ser superficial es inexacto. Díaz y su gobierno son la síntesis de lo que se gestó antes de él. Lo interesante es observar el proceso de cómo se perfilan las dos tendencias y cómo una va adquiriendo elementos de la otra. Si México es producto de su historia, su historia no es sólo la de una de las tendencias que se dieron en su formación, sino que la triunfante, al serlo, ya había asimilado mucho de la derrotada.

Lo que se perfilaba desde 1945, con Mier, cuando se hacía ver que no era necesario contraponer el federalismo al centralismo, sin más, sino que era posible, como lo pensó el ex dominico, ser federalista moderado, o señalar la solución de los utopismos de la Independencia en la práctica llevada a cabo por un “hombre providencial”, en 1954, o hacer ver, en 1967, cómo se fue liberalizando el monarquismo y cómo se fue monarquizando la república, llega a su propia síntesis en un ejercicio historiográfico de plenitud en el libro escrito cuando su autor rebasaba los setenta años de vida. *México, el trauma de su historia* es uno de los libros de historia más inquietantes que se hayan escrito en México. Aunque derivado de *La invención de América*, para el pensamiento político mexicano es una obra plena, de importancia mayor.

El problema es que la conciencia histórica asimile ese proceso traumático como una catarsis en que se reconozca y se acepte. Si la conciencia mexicana se coloca en la encrucijada de Jano que le ofrece O’Gorman, es que no se ha enfrentado a su verdadera imagen, que es la que le llega como herencia. Si se empeña en aceptar sólo una parte de su historia, seguirá caminando por un solo camino que no necesariamente sería el de su salvación. Seguiría siendo su historia aplicada, para no llegar jamás a la autenticidad.

Para O’Gorman la Independencia dejó un doble legado, dos utopismos: Apatzingán e Iguala. Sus significados se proyectarán a lo largo de la historia que transcurre a partir de la consumación de la Independencia.